



# Suave patria

Ramón López Velarde

Yo que sólo canté de la exquisita  
partitura del íntimo decoro,  
alzo hoy la voz a la mitad del foro  
a la manera del tenor que imita  
la gutural modulación del bajo,  
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles  
con remos que no pesan, porque van  
como los brazos del correo chuán  
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:  
la Patria es impecable y diamantina.

Suave Patria: permite que te envuelva  
en la más honda música de selva  
con que me modelaste por entero  
al golpe cadencioso de las hachas,  
entre risas y gritos de muchachas  
y pájaros de oficio carpintero.

### Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,  
tus minas el palacio del Rey de Oros,  
y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo  
y los veneros de petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela  
ojerosa y pintada, en carretela;  
y en tu provincia, del reloj en vela  
que rondan los palomos colipavos,

las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio  
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande, que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,  
con tu mirada de mestiza, pones  
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que  
asusta a la rana,  
no miró, antes de saber del vicio,  
del brazo de su novia, la galana  
pólvora de los juegos de arteificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín  
lucen policromías de delfín,  
y con tu pelo rubio se desposa  
el alma, equilibrista chuparroza,  
y a tus dos trenzas de tabaco, sabe  
ofrendar aguamiel toda mi briosa  
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño  
su sonora miseria es alcancía;  
y por las madrugadas del terruño,  
en calles como espejos, se vacía  
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,  
después, un paraíso de compotas,  
y luego te regalas toda entera



suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,  
que en tu lengua de amor prueben de ti  
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena  
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña  
de locura, enloquece a la montaña,  
requiebra a la mujer, sana al lunático,  
incorpora a los muertos, pide el Viático,  
y al fin derrumba las madererías  
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas  
crujir los esqueletos en parejas;  
oigo lo que se fue, lo que aún no toco,  
y la hora actual con su vientre de coco.  
Y oigo en el brinco de tu ida y venida,  
¡oh, trueno!, la ruleta de mi vida.

### **Intermedio: Cuauhtémoc**

Joven abuelo: escúchame loarte,  
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,  
a tu nopal inclínase el rosal;  
al idioma del blanco, tú lo imantas  
y es surtidor de católica fuente  
que de responsos llena el victorial  
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patricio

te cubre el rostro en medio del suplicio;  
tu cabeza desnuda se nos queda  
hemisféricamente, de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua  
todo lo que sufriste: la piragua  
prisionera, al azoro de tus crías,  
el sollozar de tus mitologías,  
la Malinche, los ídolos a nado,  
y por encima, haberte desatado  
del pecho curvo de la emperatriz  
como del pecho de una codorniz.

### **Segundo acto**

Suave Patria: tú vales por el río  
de las virtudes de tu mujerío.  
Tus hijas atraviesan como hadas,  
o destilando un invisible alcohol,  
vestidas con las redes de tu sol,  
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,  
sino por tu verdad de pan bendito;  
como a niña que asoma por la reja  
con la blusa corrida hasta la oreja  
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;  
creeré en ti mientras una mexicana  
en su tápalo lleve los dobleces  
de la tienda, a las seis de la mañana,  
y al estrenar su lujo, quede lleno  
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,

en piso de metal, vives al día,  
de milagros, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,  
con tu misma grandeza y con tu igual  
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y el obús,  
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chía:  
quiero raptarte en la cuaresma opaca,  
sobre un garañón, y con matraca,  
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo  
para el ave que el párvulo sepulta  
en una caja de carretes de hilo,  
y nuestra juventud, llorando, oculta  
dentro de ti el cadáver hecho poma  
de aves que hablan nues-  
tro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja  
desde el vergel de tu peinado denso  
frescura de rebozo y de tinaja:  
y si tiritó, dejas que me arroje  
en tu respiración azul de incienso  
y en tus carnosos labios de rompopo.

Por tu balcón de palmas bendecidas  
el Domingo de Ramos, yo desfilo  
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,  
cual muriéndose van las cantadoras

que en las ferias,  
con el bravío pecho empitonan-  
do la camisa, han hecho  
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:  
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;  
cincuenta veces es igual el ave  
taladrada en el hilo del rosario,  
y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;  
sedienta voz, la trigarante faja  
en tus pechugas al vapor; y un trono  
a la intemperie, cual una sonaja:  
ila carretera alegórica de paja!